

## Eclipse del libro sacralizado. Avatares del texto y la imagen

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO  
*Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas  
y de la Información de la UNAM*

“Escribo textos, no libros”, éstas palabras del escritor Alberto Manguel en su perentoria sencillez señalan el equívoco de un lugar común y una verdad soslayada: los escritores, los autores, se abocan a escribir textos, enhebrados en discursos, no a hacer libros. Como el propio Manguel agrega: él entrega un texto, en el que se ha esmerado en su escritura, a un editor quien hace o, mejor aún, fabrica el libro. Pero una costumbre ya sedimentada lleva a la gente, e incluso a los autores, al equívoco de decir que escriben libros. Cuando la verdad es que se circunscriben a la labor escrituraria, por muy creativa e innovadora que sea. Lo que por supuesto no demerita su parte en tal fabricación de libros. De hecho, es medular la escritura de los textos, porque sin ellos es difícil concebir un libro, aunque no imposible: no olvidemos que ya se fabrican gran cantidad de libros casi sin palabras o de plano sin ningún texto, constituidos sólo de imágenes; cuestión de suma importancia para ésta argumentación y sobre la que volveremos más adelante. Así, pues, son dos actividades o funciones

diferentes: el escribir textos y el hacer libros. Aunque como ya se dijo existe una estrecha relación entre ambos, lo que ha redundado en el equívoco de su indiferenciación. Y es en ésta encrucijada donde aparecen las interrogantes a que nos enfrentamos en éste recorrido: ¿cómo es que semejante indiferenciación entre una y otra función (escribir textos y hacer libros) dio lugar a la fetichización del libro y, por ende, a su sacralización? y ¿cuál es la alternativa a futuro para la desacralización del libro?

En las antiguas sociedades signadas por la *cultura oral* el soporte de la palabra era la voz. Por lo que la información circulaba expansivamente con fluidez y agilidad de boca en boca. Pero era información que se reconstituía una y otra vez a pesar de estar sustentada en una poderosa y sólida memoria colectiva. Más esa reconstitución informativa, al nutrirse del río subterráneo de la imaginación y el mito, ocasionaba poca estabilidad y pérdida de información. El olvido era un mecanismo imprescindible para ajustar la elasticidad de la memoria. Por lo que vehiculizar la ausencia de información sobre el olvido no era catástrofe, sino necesidad para la salud social. Así, con la válvula del olvido se regulaba el exceso de información, la cual, no estaba cercada por un soporte estático que la inmovilizara: información que se mueve y, por ende, reacia a la sacralización. El despliegue civilizatorio, sometido por la complejización de los procesos sociales, económicos y políticos, derivó en la conformación de sociedades sustentadas en estados con gran amplitud de funciones especializadas que producían y requerían mayor información. Pero sobre todo, que esa masa informativa quedara registrada de forma estable y duradera con la intención de utilizarla de manera eficiente y confiable las veces necesarias. Lo que impulsó a gran escala el desarrollo de las escrituras y, con ello, el advenimiento de la *cultura escrita*. Escritura que se le adecuaron múltiples soportes

de una variada gama de materiales, recordemos las inscripciones en piedras (un claro ejemplo es la piedra roseta), hasta llegar al punto de inflexión que incide en la escritura y tipo de soporte idóneo, para dar lugar a ese objeto *cuasi* milagroso que es el libro: empero, este proceso venía acompañado por la sombra del terror al olvido. La consigna subrepticia que rumorea a lo largo de la historia de la cultura escrita es preservar a toda costa la mayor cantidad posible de información registrada. El instrumento que llenaba ese loco afán y exorcizaba al demonio del olvido era el libro; con lo que marcó a fuego el imaginario de la sociedad.

La información, los textos, quedaban indelebles e inalienablemente fijados al soporte, por lo que el libro era así concebido, como unidad con ambas funciones, selladas así por el imaginario: lo que redundaba en el exaltamiento de sus propiedades y hasta fulgurantes atribuciones de cualidades del/al libro; el cual, gracias a ese cúmulo de virtudes, se convertía en la fuente *par excellence* de la sabiduría, el conocimiento y la información que refleja al universo. De ahí la inflación de metáforas en las que el libro es utilizado para dar razón, justificar o representar cualquier cosa que muestre la grandeza o complejidad de lo creado. Así, por ejemplo, la metáfora más socorrida es aquella que concibe el mundo como un libro donde escribe Dios la creación de todo lo existente. O, esta otra, la ciencia como libro abierto en que se lee (comprende) la naturaleza. La primera metáfora se encuentra directamente relacionada, incluso, podría decirse que deriva de aquellos libros que por sí mismos son considerados como sagrados, caso paradigmático: la *Biblia*; a la que (mediante un acto de fe) se le atribuye su sacralidad al haber sido escrita precisamente por Dios, quien se erige así como autor que escribe y hace libros, lo cual, torna indiscernible el texto y el soporte. Las religiones que surgieron al cobijo de la cultura escrita apoyaron sus preceptos,

dogmas y mensajes en una textualidad fijada en libros canónicos, con lo que eran inconfundiblemente sagrados. La palabra escrita acaba siendo reconocida a partir de la materialidad de un libro sacralizado, el cual, por lo mismo, exige pleitesía. De ahí sólo mediaba un paso para otorgarle poderes autónomos y extraordinarios al propio libro: libros que curaban con sólo tocarlos, que podían prever el futuro, que penetraban en las recónditas tinieblas del corazón humano para cambiar, ya sea para bien o para mal, la vida de las personas. Tal es el último giro de tuerca en la vía que conduce a la fetichización del libro, y con ella a su sacralización. El objeto libro transfigurado en fetiche todopoderoso que entre sus páginas aprisiona un texto. Y que pareciera, fuera de esas páginas, que no tiene otras opciones para mostrarse a la mirada.

La imprenta de tipos móviles de Gutenberg va a significar un punto de inflexión en el desenvolvimiento de la cultura escrita, como en la concepción del libro. La amplia producción de libros que genera la imprenta permite que estos ya no sólo sean propiedad de un pequeño sector, sino llegar a la amplia masa de la población, acompañada de la alfabetización universal. Lo que redundo, por un lado, que el libro sea legitimado por la sociedad como contenedor fundamental de textos; pero, por otro, la imprenta también produce masivamente textos con una mayor diversidad de soportes: hojas volantes, carteles, folletos, etc.; que amplían el registro de éstos, así como las posibilidades de los soportes. Mientras en la era moderna se consolida la sacralización del libro, comienza a abrirse una brecha en su aura que atribuye su carácter sagrado. La dinamicidad histórica de la información a lo largo de la modernidad dará lugar a la renovación y creación de nuevos de soportes: como ese último avatar que son los soportes digitales. En los que la textualidad se torna fluida y metamórfica, incluso, surgen opiniones de incertidumbre sobre si deben seguir considerándose

libros a los textos con soporte electrónico; es tal el prestigio del soporte libro que esto bien puede obedecer a una denominación legitimadora. Pero el medio electrónico se encuentra más acorde con lo que el sociólogo Zygmunt Bauman define como la actual era líquida. Sociedades líquidas, información líquida. Textos que mudan de un soporte a otro, a semejanza de los capitales que emigran de un país a otro, ante la más mínima señal de inquietud.

A lo anterior, agregamos otra brecha que se abre en el corazón de los propios textos: el incontenible ascenso de la imagen; que con la imprenta de tipos móviles tiene también su plataforma de reproducción y difusión. De esta forma, las imágenes adquieren gradualmente un papel protagónico dentro de los libros, e incluso más allá de la frontera de páginas de papel. La publicación de libros en donde las imágenes ganan mayor espacio se incrementa cada vez. Aunque, es de señalar que, en la aurora de la imprenta y durante largo tiempo, fueron comparsas supeditadas a la autoridad de la textualidad del libro. Sin entrar en la descripción de una crónica detallada, podemos seguir su recorrido histórico a través de las páginas de los libros, lo que nos da pauta para comprender su avance: siglos antes de la era Gutenberg los libros contenían imágenes, sin embargo, al ser hechas a mano directamente sobre las hojas resultaban únicas, por igual cada reproducción, lo que necesariamente entrañaba una deformación y, a la larga, redundaba en una gradual estilización de la imagen original. Pero como la prioridad en sus reproducciones era la conservación lo más precisa del texto, las alteraciones que sufrieran las ilustraciones que lo acompañaban no eran de importancia. Acompañamiento que revelaba inequidad: las imágenes solían considerarse más como agregado ornamental para embellecer el libro. Por lo que no entablaban diálogo simétrico y armónico con el texto. Con la imprenta de tipos móviles la relación de texto e

imagen paulatinamente se va a reconstituir, tanto el uno como la otra pueden ser reproducidos de igual manera innumerables veces. La estabilización y reproducción impresa de las imágenes va a dar pauta para concebirlas y valorizarlas de forma distinta: las ilustraciones, más que agregado ornamental, pasan a ser complemento interactuante con el texto, y a contribuir en la gestación y desarrollo de diversos dispositivos de producción de imágenes, como el grabado y, siglos después, la fotografía, entre otros. Siguiendo esta senda, las ilustraciones van adquiriendo mayor preponderancia, al grado de protagonizar las páginas de una amplia variedad de libros, en los cuales, incluso se encuentran ausentes los textos; a la par, las imágenes impresas salieron de las páginas de los libros transfiguradas en carteles, para colonizar espacios urbanos y poblar conciencias humanas.

Así, las imágenes ponen en cuestión prestigios y privilegios de los textos. Con lo que el fulgor de la palabra escrita, trasfigurada en sinónimo de libro, comienza a sufrir menoscabo. Lo que mina la sacralidad del libro o, en otras palabras, abre la puerta para colocar las cosas en su sitio: un elemento es el texto y otro el soporte con formato de libro. Por un lado, el texto escrito metamorfoseado tecnológicamente en hipertexto ha abierto nuevas formas de construcción y organización del discurso textual, que combina imagen y sonido, mostrando caminos inéditos para la palabra escrita ya no sólo legitimada por el libro. Y éste, por su parte, ahora queda ubicado como un soporte más de textos, aunque su aura sacra pueda aún titilar. No obstante, en el actual contexto líquido de la hipermodernidad, el texto se transfigura en entidad moviente, viajera que puede posarse en múltiples soportes, materialidad le resulta esencial: el soporte (sacralizado o no) es la encarnación que lo ofrece a su lectura. Por lo que el texto *no debe ser* entendido como arquetipo platónico más allá o por encima de sus múlti-

ples avatares materiales, perviviendo en sí y por sí mismo incorrupto en un mundo ideal. A su vez, cada tipo diferente de soporte del texto, ofrece una materialidad específica y diferencial que acaba por inficionar los tejidos internos del texto, lo cual, se hace patente al momento de la lectura. Como ha argumentado Roger Chartier, el soporte actúa sobre las formas de lectura de los textos, por lo que de ninguna manera resultan meros envases neutrales de palabras escritas.

Hemos seguido hasta aquí la órbita que va de la fetichización sacralizadora del libro hasta su actual eclipse, con lo que ha quedado en la sombra un factor de carácter subjetivo, pero en cierto modo razón del por qué la persistencia. Un soporte va custodiado por una cauda de afectos en su circulación social: la sacralización del libro genera adherencias afectivas del poseedor de semejante objeto; lo que a su vez, retroactúa como legitimador de dicha atribución de carácter sagrado. De ahí la melancolía a que puede dar lugar la desacralización del libro, máxime si consideramos que tras ésta se agazapa el argumento de la muerte del libro ante el ascenso incontenible y arrollador de los medios electrónicos. Lo que en el fondo encubre una forma invertida de dar carácter sagrado a los medios electrónicos, alimentada por la fascinación infantil que despiertan tales artefactos en la conciencia de las sociedades actuales. Una anécdota que ilustra de manera pavorosamente irónica la muerte del libro y la sacralización del medio electrónico es la que cuenta Sven Birkerts, en su libro de sintomático título: *Elegía a Gutenberg*, en la que nos refiere cuando en su juventud tenía con un amigo una tienda de libros antiguos y raros, y cómo en cierta ocasión los llamó un profesor de literatura inglesa de una universidad de Detroit porque quería vender su biblioteca. Pero bien vale la pena dejar que el propio Birkerts narre *in extenso* esta succulenta anécdota, que no tiene desperdicio para la reflexión y la crítica:

Acudimos: me quedé sorprendido cuando nos abrió la puerta –sólo aparentaba tener uno o dos años más que nosotros–. Dijo: «Quiero venderlo todo». Nos guió a través de un piso amplio hasta su estudio. Al entrar, mi compañero me dio un codazo; la habitación estaba pulcramente forrada de pared a pared con estanterías llenas de libros.

El profesor poseía una colección asombrosa. Reflejaba no sólo las exigencias de su profesión –enseñaba literatura de los siglos XIX y XX– sino también la sensibilidad de un amante de los libros. Los estantes estaban rigurosamente ordenados y los propios libros se hallaban en perfecto estado. Cuando dejó la habitación comenzamos a inspeccionar, contar y tasar los textos. Siempre es un proceso delicado, pues el comprador está a la vez ansioso de no ofender al vendedor y de conseguir los artículos al mejor precio. Adoptamos nuestra estrategia habitual, consistente en realizar una oferta más baja y otra más generosa a que acudir si rechazaba la primera. Sin embargo no hubo necesidad de preocuparse. El profesor aceptó sin rechistar nuestra primera oferta.

Charlábamos mientras metíamos los libros en cajas. Mi compañero le preguntó si se estaba mudando. «No», dijo, «pero me voy». Ambos alzamos la vista. «Quiero decir que me voy del negocio de la enseñanza. Dejo los libros.» A continuación comentó que quería enseñarnos algo. En efecto, tras empaquetar y cargar todos los libros, nos guió por el piso y bajamos por unas escaleras. Llegados al sótano encendió la luz. Allí, sobre una mesa alargada, como si se tratara de un objeto en exposición del Museo del Espacio, se encontraba un ordenador y su pantalla. No supe a qué clase correspondía, ni lo sabría actualmente quince años después. Pero el profesor estuvo muy dispuesto a mostrárnoslo todo incluido su funcionamiento.

Mientras él y mi compañero se agrupaban frente a la terminal inspeccioné las estanterías sin mucho entusiasmo. Fue un acto puramente reflejo, pues sólo contenían gruesas carpetas y manuales encuadernados «a mano». «Estoy cambiando mi vida», decía el ex profesor. «Definitivamente, todo lo que ocurra ocurrirá con estos aparatos.» Nos indicó que ya tenía varias ofertas de trabajo interesantes. «¿Y los libros?», pregunté. «¿Por qué los vendía todos?» Tardó un poco en contestar. «Todo lo relacionado con esa profesión me duele mucho», explicó. «No quiero volver a ver ninguno de esos libros en toda mi vida.»

La escena se me quedó grabada. Constituye ya una especie de hito en mi vida mental. Aquella tarde tuve la primera noción seria de que no todo marchaba bien en el mundo de lo impreso y las



letras. Siguieron toda una suerte de confirmaciones. Nuestro profesor no era un caso aislado, ni mucho menos. A lo largo de un período de dos años conocimos otros como él. Eran mujeres y hombres que habían vislumbrado el futuro y decidido cambiar mientras todavía fuera ventajoso hacerlo. A veces vendían los libros por razones económicas, pero también se daba la necesidad de quemar naves. Era como si afrontar el futuro exigiera la destrucción de los símbolos del pasado.<sup>1</sup>

A semejanza de Birkerts, la escena que nos describe se ha constituido también para mí en un hito, pero por razones matizadamente distintas. Más que interpretarla como el anuncio de un futuro que destruye símbolos del pasado, a la manera del ángel flamígero de la amnesia que incendia los territorios pertenecientes al pasado sembrados por el impreso, la anécdota nos habla de uno de esos espejismos que tantas veces hemos sufrido con las radiantes promesas del futuro; que rara vez se realiza como lo anuncia, suele ser más discreto y realista, incluso, se esmera en contradecirnos. ¿No se dice que el tiempo, esto es, el futuro pone las cosas en su lugar? Los libros no han sucumbido ante el tsunami de la tecnología cibernética, por el contrario, han sobrevivido y gozan de buena salud; es más, conviven y hasta mutan con las nuevas tecnologías. La desacralización del libro impreso y la sacralización del medio tecnológico –nítidamente expresada en la escena de Birkerts– pueden interpretarse de múltiples maneras, una de ellas: la virtud de anunciar subrepticamente reconfiguraciones pertenecientes a los soportes y a los textos, en las que estos interactúan de múltiples formas: uniéndose, separándose, fragmentándose, fundiéndose... Y esto no sólo como el medio electrónico lo lleva a cabo con los hipertextos, incluso en el soporte de papel sobre el que se pueden posar múltiples textos, que a su vez se re-

---

1 Sven Birkerts, *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, p. 155.

constituye o entabla creativos rejugos con las imágenes. Lo que implica comprender al soporte libro como uno más entre otros. Esto no significa quemar las naves, a la manera del apresurado profesor de la anécdota: siempre habrá personas alarmadas que serán las primeras en saltar del barco ante las incipientes amenazas de naufragio. Se trata de colocar el soporte libro en el mismo nivel de importancia, ni más ni menos, que los demás soportes de textos e imágenes. Lo que va a contribuir a la valorización de aquellos “humildes” soportes portadores de textos de “cuestionable calidad” y cuya lectura nunca es considerada, o con reservas, en las grandes encuestas nacionales de lectura. Un ejemplo es el comic, el cual, de cierta manera, tiene la posibilidad de comprenderse también como una alternativa futura ante la desacralización del libro. Opción que, por supuesto, no necesariamente tiene que pasar por la sacralización del medio electrónico.

Es pertinente aclarar que aún y cuando los comics tienen presencia universal en todos los continentes, no poseen en varias latitudes el mismo reconocimiento. Así, gradualmente en Europa y Estados Unidos han alcanzado un estatus de distinción y hasta de privilegio bien ganado de obras de arte y, por tanto, patrimonio cultural; acompañado de su incorporación a los programas de centros de enseñanza básica como superior. Asimismo, materia de estudio, reflexión y práctica por parte de la alta intelectualidad. Por el contrario, en países como México, el comic no goza de buena fama, debido a que es considerado subproducto cultural destinado a clases populares. Por su peculiar combinación de imágenes y textos, los comics son juzgados como dirigidos sólo a personas semianalfabetas o incultas, en el mejor de los casos, propios para aquellos que se inician en la lectura, especie de fase propedéutica, para lo más pronto posible dejarlos a cambio de buenas lecturas encarnadas en los libros. Por lo mismo, resulta difícil concebir a los

comics como material bibliográfico idóneo para ser incorporado en las bibliotecas. El peso de la imagen en su variante, incluso “menos seria”, de caricatura es un agravante para no formar parte del acervo perteneciente a las bibliotecas (aunque en Europa existen propuestas de comitecas): los comics como invitación a una entrega lúdica irresponsable de lectura, contrario a una lectura seria de buena cultura.

En cuanto al soporte de los comics, se le asocia tradicionalmente con el de las revistas, aunque han transitado por todo tipo de soportes de manera fluida, incluso, a través del formato de libro. Por lo que su contenido, constituido mediante el entretreído de imágenes y textos, muestra su independencia respecto a los soportes; más aún, ese entramado se da sobre la base de extrema complejidad en la que se articulan varios lenguajes de forma dinámica. El discurso de los comics, donde dibujos, parlamentos, movimiento, con su respectivos enfoques cinematográficos, se conjuga en una historia delimitada por un marco bien concebido de espacio y tiempo.

La misma evolución del comic ha refinado y perfeccionado estos recursos que componen y definen su propio lenguaje, lo cual, le ha dado estatus de reconocimiento artístico cultural. Y aunque su lectura inmediata parece sencilla, sin mayores exigencias intelectuales, en el fondo entraña una laboriosa complejidad de comprensión por la amplitud de elementos e interacción de estos, que se dan cita en cada historieta. Motivo por lo que no es nada despreciable considerar su lectura, así como la de otros materiales semejantes, no tomados en cuenta en las oblicuas encuestas de lectura de una nación. No es gratuito que entre los jóvenes resulta un material preferido e, incluso, más leído que los libros. Y para sorpresa, nos daríamos cuenta de que en México se lee más de lo que números apoyados en el parámetro libro dictan; lo que evidencia cómo sigue resistiendo la sacralización del libro.

Así, el comic nos abre una ventana al futuro y con ello decimos que el horizonte es más amplio de cómo lo consideramos desde la perspectiva del libro o el medio electrónico sacralizados. No olvidemos que los eclipses son pasajeros, una vez que pasan, el sol brilla más que antes.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro López, Héctor Guillermo, *Introducción a la lectura de la imagen*, México, UNAM-DGB, 2008.
- Aumont, Jacques, *La imagen*, Barcelona, Paidós, 1992.
- Baron-Carvais, Annie, *La historieta*, México, FCE, 1985.
- Birkerts, Sven, *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Calabrese, Omar, *El lenguaje del arte*, Barcelona, Paidós, 1987.
- Casanueva, Mario, Bolaños, Bernardo (Coord.), *El giro pictórico. Epistemología de la imagen*, Barcelona, Anthropos-México, UAM, 2009.
- Chartier, Roger, *¿Qué es un texto?*, Madrid, Ediciones Círculo de Bellas Artes, 2006.
- Hazan, Eric, Shiffrin, André, et al., *¿Para qué sirve el libro? Divagaciones heterodoxas*, Madrid, Editorial Popular, 2009.
- Díaz, Carlos, *Apología del libro*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2012.
- Didi-Huberman, Georges, *Arde la imagen*, México, Ediciones Ve, 2012.
- Gauthier, Guy, *Veinte lecciones sobre la imagen y el sentido*, Madrid, Cátedra, 2008.

Gubern, Roman, *El lenguaje de los comics*, Barcelona, Península, 1979.

*Literatura de la imagen*, Barcelona, Biblioteca Salvat, 1973.

Lucía Megías, José Manuel, *Elogio del texto digital. Claves para interpretar el nuevo paradigma*, Madrid, Forcola, 2012.

Lyons, Martin, *Libros. Dos mil años de historia ilustrada*, Madrid, Lunwerg, 2011.

Manguel, Alberto, *El sueño del Rey Rojo. Lecturas y relecturas sobre las palabras y el mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

Mirzoeff, Nicholas, *Una introducción a la cultura visual*, Barcelona, Paidós, 2003.